

Gabriel Lorca Navas

EL HERALDO DE MAZARRÓN

PERIÓDICO SEMANAL INDEPENDIENTE

AÑO V

8 DE SEPTIEMBRE DE 1903

NÚM. 240

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Mazarrón:	Un mes.	0'50
Fuera:	Trimestre.	2'00

Toda la correspondencia al director

Reclamos, anuncios y comunicados á precios convencionales.

DON GABRIEL LORCA NAVAS

PAGO ADELANTADO

Entre mi pluma y yo

LA PLUMA.—¡Vamos, holgacán! ¿Es que me vas á dejar hoy sin ejercicio? Enrístrame. Bien. Ahora emprendamos nuestra labor constante de crítica, moralización, propaganda, discusión, exhortaciones, elogios y censuras.

Yo.—¿Y de qué quieres que tratemos?

LA PLUMA.—¿Tiene gracia este hombre! ¿A que resulta ahora que soy yo la que he de dirigir en lugar de ser dirigida? ¿Dónde has visto tú que así se invierta el orden natural de las cosas y que sea el brazo el que mande á la cabeza?

Yo.—Déjate de eso y dime en qué asunto opinas que nos debemos ocupar.

LA PLUMA.—¡A fé que hay pocos! Por mi parte no experimento para buscarle sino el embarazo de la elección, si vale el galicismo.

Yo.—Pues venga de ahí.

LA PLUMA.—Podríamos, verbo y gracia, hablar de enfermedades, de tratamientos, de aires puros, de aguas minerales...

Yo.—Mira, hija, nada de patología. Es una materia triste y ocasionada á percances. Vé sino lo que les ha pasado á «El Pueblo» y «El Mercantil Valenciano», por meterse á comentar aforismos de la facultad. Solo «Kasabal» tiene bula para dilucidar tales temas. A Villaverde, hombre robusto, no le agrada esa clase de conversaciones.

LA PLUMA.—¿Por qué no dar entonces otro golpecito, con ocasión de las declaraciones de Urzaiz publicadas por Morote, á la crisis «oriental» á cuya solución debemos este Gabinete de potencia y de resistencia?

Yo.—¡Para orientalismos estamos! ¿Ignoras que semejantes cosas solo pueden decir las dinásticas? Lo que es en ellos

licito desahago sería en nosotros horrendo crimen.

LA PLUMA.—Digamos algo, si te place, de esos rumores absurdos, según Villaverde, que es fama circulan por ahí y tanto á Villaverde enojan.

Yo.—Desgraciada ¿No sabes que, solo por aludir á esos rumores, ha caído sobre «El País» todo un chaparrón de denuncias?

LA PLUMA.—Comentamos, pues la circular de Salmerón y la medida como están cumpliéndola los republicanos en una campaña de propaganda que, por lo activa y eficaz, apenas si tiene en España precedentes.

Yo.—Nada; que has perdido la chaveta. Pero hombre, ó mejor dicho, mujer de Dios, ¿nada te enseña el ejemplo del director de «Las Circunstancias» de Reus? ¿O tienes tú ahí á mano cuatro mil pesetas para sacarme de la «trena»?

LA PLUMA.—Se me ocurre que pudiéramos investigar á qué género de influencia responde la resistencia que oponen estos gobiernos á la revisión del proceso de Montjuich y su decidido propósito de ignorar lo que pasó en el simpático castillo.

Yo.—¡Pero tú estás empecatada! El diablo mismo no podría inspirarte mayores despropósitos.

LA PLUMA.—Hace tiempo tengo deseos de protestar de las palizas que «par ci par la» suele administrar á algunos ciudadanos el brazo atlético del principio de autoridad.

Yo.—¿Pero olvidas «infelice» que en este país ultralibérrimo existen institutos cuyos individuos son indiscutibles de real orden?

LA PLUMA.—¿No podríamos glosando, por ejemplo, el discurso de Azcárate en Santander, atacar una miaja al régimen?

Yo.—García, el de Gobernación, lo tiene prohibido, pese á

la Constitución y al Código penal.

LA PLUMA.—Me arden los puntos por vitorear á «la niña», como la llama el vendedor de «El Cencerro».

Yo.—Decidamente tú tienes un particular empeño en verme en la cárcel.

LA PLUMA.—Es que entonces ya no se puede aquí hablar de nada?

Yo.—No seas extremosa, criatura. Aquí hay mucha libertad, mucha, pero compatible con el orden. La prensa goza de grandes franquicias. Todo puede decirlo, todo ó casi todo con tal de que no disguste á los que mandan. Puedes hablar de actualidades palpitantes como los globos de Santos Dumont el proceso de los Humbert ó las expediciones al Polo. Nadie te irá á la mano si tratas, con moderación, claro está, de las matanzas de Macedonia ó del conflicto del extremo Oriente. No sufrirás denuncia por enaltecer y poner en su punto las virtudes de Pío X. La historia entera está á tu disposición, á condición de que no abuses, y no hay fiscal que te impida indagar las causas de la caída del imperio romano, narrar las conquistas de Sesostris ó las hazañas de Teseo. Ya ves cuan ancho campo queda abierto á tu libérrimo albedrío.

LA PLUMA (llena de indignación).—¿Y á eso llaman libertad de imprenta? ¿Y es así como aquí se entiende el derecho? ¿Y en esos límites ha de encerrarse mi función? ¿Y es eso lo que vas á hacer de mí? Si no he de servirte de instrumento con que defender la justicia y la verdad ¿no vale más que me rompas en mil pedazos?

Yo.—Tienes razón, maldita peñola. ¡Se me pasan á veces unas ganas de hacerte añicos!

Alfredo Calderón.

CARTA ABIERTA

Para Julian Raja

Mazarrón.

Amigo correligionario: En el número 238 de EL HERALDO DE MAZARRÓN, donde otorgándome bondades inmerecidas su director D. Gabriel Lorca, colaboré no há mucho tiempo, leo un artículo firmado por usted con el título «Aclaraciones.»

«Ni quito ni pongo rey»; aplaudo únicamente la entereza y me place desenmascarar á los farsantes. Por eso precisamente porque la ofinidad de ideal y creencias unen nuestros corazones, me permito dirigirle la presente, y solicito del amigo director de EL HERALDO su inserción en el mismo.

Y aparte preámbulos, siempre pesados, voy directo al asunto motivo de la presente, que espero será tenido en cuenta, por la bondad de su deseo, por lo justo de sus aspiraciones, por lo noble de sus ansias.

Lo que ahí ocurre, amigo Raja, no me sorprende ni mucho menos me asombra. Es la labor constante de los bien hallados con la anarquía reinante, mil veces más perjudicial y lesiva que la que se traduce con detonantes explosiones, baldón eterno de espíritus cobardes que confían el logro de sus ambiciones al fuego y á la sangre.

Veo en ella el miedo cerval que inspira la asociación, libre y sabiamente dirigida, sin otra finalidad, sin más aspiración que el legítimo imperio de la verdad y la justicia; que solo anhela la instansación de una forma de gobierno regeneradora y noble; que ansia romper las cadenas que le retienen sujeta al carro del caciquismo; que quiere romper moldes viejos, por arcáicos y anticuados, para hacer que imperen la igualdad y la luz.

Si, amigo Raja, en Maza-

rrón, en Lorca, en Murcia, en todas partes donde se constituyen sociedades obreras, que sin cuidarse para nada de compromisos bastardos, ni atender interesadas miras, ni respetar derechos que no existen, ni afanzar poderes y tutelas que fueron arrebatados, solo tienen á su mejoramiento moral y material, observaremos lo mismo.

El servilismo, la hipocresía y el envilecimiento, librando rudas y encarnizada, batallas para sostenerse en sus posiciones; el capital y el dinero oponiendo tenazmente sus poderosos medios, restando trabajo, dejando sin pan á honrados braceros por el delito de militar en las huestes avanzadas de la regeneración y del progreso, sembrando con profusión el odio entre los obreros, acrecentando pasiones, concitando contra ellos mismos anhelos de venganza, ansias de represalias cada día más grandes y de más sangrientos resultados para sus causantes.

Nada pues de cobardías pueriles, el porvenir es nuestro, como nuestros son la vida, la tranquilidad, la honra, el pan, el abrigo y la dicha, que una partida de desalmados nos arrebataron solapadamente, afanzados por la ignorancia y la estultez de nuestros antepasados por medios villanos y rastreros, que la astucia y la hipocresía desfiguraron innoblemente.

Animo, pues, amigo Raja; puesto á desenmascarar farsantes, á descubrir traidores, á señalar felonías, á patentizar infamias, sería cobardía instigne, cejar una vez comenzado; déjese de mirar la clase y la categoría del fariseo; cuanto más alto, más ruidoso será el golpe y menos probabilidades tendrá de volcer á las andadas el cardo.

Quédense las dudas y vacilaciones para los espíritus animados de prejuicios ó miras interesadas, y para los pusilánimes, cobardes, que semejan los perros cortijeros, atem-

